

que continuamente le vienen à buscar para su consuelo. Por esto, lo que ha de hazer, es, estarse aqui, solicitando la salvacion de tantas almas, como siempre lo ha hecho; exercitandose en el sagrado ministerio de oír Confesiones. De tal fuerte ilustraron las luzes de este discurso el entendimiento de Don Bernardino; que convencido de el prudentissimo, y persuasivo consejo de el Venerable Pedro, mudò de parecer: y dexando la determinacion, que tenia, de ser Religioso, se quedò en aquel sitio, sirviendo à Dios en los exercicios santos, que solia.

Siendo joven Don Alonso de la Paz, se aficionò mucho de vna señora; con quien en fuerza de su amoroso impulso, deseaba unirse en el honesto lazo de el Matrimonio. Para el logro de su intento se valiò de el Siervo de Dios: y haziendole casamentero, le suplicò, que pidiese à sus padres esta señora para este fin. Reconocidos sus intentos, y penetrando en la determinacion de el mancebo vna gran facilidad; empezó el Venerable Pedro à mover à vn lado, y à otro la cabeza; y cantando à el mismo tiempo, le dezia este prudentissimo proverbio: *Quien presto se determina, presto se arrepiente.* Despues por combite que le hizo el Siervo de Dios, se quedò el mozo hospedado en su Casa de Bethlehen; donde, para defengañarlo, hizo con el vna discretissima experiencia.

Vna noche, cerca de el amanecer, cargò sobre su siniestro ombro vna Imagen de Jesus Nazareno con su bien pesada Cruz: y de esta suerte le llevò en su compañia à la Capilla de el Calvario. De este modo caminaba el penitente mancebo: y à el llegar à la Iglesia de el Convento de nuestro Padre San Francisco, se acercò à el el Venerable Pedro, y le hizo esta pregunta: *Pesa mucho, hermano?* El pobre mozo, que ya iba brumado con el peso, le respondió, diciendo: *Jesus hermano! ya yo no puedo mas.* A el oír estas expresiones de su fatiga, le replicò el Siervo de Dios: *Y tambien es verdad, hermano, que acaso pesa mas la Cruz de el Matrimonio.* Con esta indutiosa correccion quedò el joven defengañado, y advertido, de que el casamiento no le convenia: y conociendo su facilidad, suspendiò su resolucion con mayor presteza, y se le quitò de la cabeza el aprehendido casamiento.

CAPITULO XXII.

JUSTICIA INTEGERRIMA,

y fortaleza constante de el Venerable Siervo de Dios Pedro de

San Joseph.

TAN estrechamente enlazadas con la justicia contemplò San Ambrosio las demás virtudes; que si vna alma se prueba justa, no necessita de mas calificacion en su dictamen, para ser universalmente virtuosa. Tanto mas

vener-

venerable se haze este juicio, quanto registrando el estilo de las sagradas letras, se halla en ellas mas fundado: y es cierto, que en los oraculos divinos la santidad, que consiste en la vniversal practica de las virtudes, tiene el nombre de justicia; porque vn justo, y vn adecuadamente virtuoso solo en el nombre se distinguen. Bien podia, segun esto, hazerle à el Venerable Pedro las pruebas de vniversalmente virtuoso su justicia; aunque para el efecto se necesitase, como quiere San Agustin, la practica de esta virtud en orden à todas sus partes; porque el Siervo de Dios tocò en la execucion todos los apices de la justicia. Aquellos influxos, que tiene esta virtud, para que se satisfaga la obligacion de la ley, tuvo en el Venerable Pedro exactissimos efectos: pues fue tan rigorosissimo observador de los preceptos divinos, y Eclesiasticos; que llegó su puntualidad à el grado mas supremo. El Reverendo Padre Maestro Fray Mathias de Carranza de el Orden de Predicadores, considerando lo ajustado de sus obras con la norma de las leyes sagradas, dixo: que podia muy bien el Venerable Pedro, proponerse por exemplar à la imitacion de los Fieles. Los consejos Evangelicos no obligan; pero son puestos abanzados, en cuya observancia se afianza de la ley la mas segura custodia: y ya dixe en otra ocasion, que puso el

Siervo de Dios gran cuydado en observar, las que solo son amonestaciones, que en el Evangelio se ordenan, no como precisas; sino como mas perfectas.

La primorosa rectitud, que piden las humanas acciones para el rigoroso credito de justas, fue vniversal ornato de todas las operaciones de el Venerable Pedro: pues no pudo notarse en ellas alguna declinacion ligera, que con nota de inutilidad las afeasse. Observaba la ley, y exercia las virtudes; pero con el notable desvelo, de que fuesse perfecta aquella observancia, y fuesse tambien perfecto aquel exercicio. Algunas personas graves se hizieron zelosas espías de las operaciones de el Siervo de Dios, y otras menos bien intencionadas, las atendian con otros fines: pero ni los cuydados de el zelo, ni los empeños de la malicia pudieron advertir en sus obras cosa alguna, digna de censura. A el santo impulso de la justicia debe el hombre la rectitud de las operaciones; no solo en orden à si mismo; sino tambien en orden à el proximo. En este punto nada le quedò à deber à esta virtud el Venerable Pedro: pues quanto tuvieron de justificadas para si sus operaciones, tanto tuvieron de rectas para los proximos. Todos hallaron en este Siervo de Dios santissimos exemplos: à todos administrò vtillissimos consejos, y perfectas instrucciones: y à

L

to

dos solicito dirigir por la senda derecha de la salvacion. De los derechos, que como Virtud Cardinal atiende la Justicia, para no defraudar à cada vno, de lo que es suyo, fue atentissimo observador el Venerable Pedro: y de ser así es testimonio memorable la humildad, con que se portò en el siguiente suceso.

En cierta ocasion le dieron à el Siervo de Dios vn Cavallo, para que sirviese en la obra de el Hospital: aunque tan flaco, y extenuado, que fue preciso ponerlo en vn Potrero; para que con el regalo de la yerva, y el descanso cobrasse fuerzas, para poder servir. Logrado bien este efecto, se presentò vn dia en el Hospital vn sujeto; y diziendo, que era suyo, intentaba llevarse. No estaba en casa en esta ocasion el Siervo de Dios: pero vn pobre, que allí lograba continuos beneficios, viendo el caso, le salió à el encuentro; y afeandole mucho su resolucion, quiso estorvarla. De esta oposicion se siguieron entre los dos muchas palabras, y algunas obras: pues el que alegaba, ser dueño de el Cavallo, sacò la espada, para maltratar à el pobre; y este se valió de vn palo para su defensa. A este punto llegó de fuera el Venerable Pedro: y aviendo oido la pretension de aquel hombre, le pacificò; y sin mas averiguaciones le dixo: que si conocia, que era suyo el Cavallo, se lo llevase

en buen hora: y que no por esso se avia de quebrantar la paz. En esta misma ocasion añadió el Siervo de Dios, que si le quisieran echar por tierra toda la obra, diziendo, que era voluntad de Dios: el mismo seria el primero, que sin contradecir, la comenzasse à derribar, antes que la paz se perdiessse.

En la virtud de la fortaleza, que tiene por objeto los males, y incomodidades propias, fue tambien señalado el Venerable Pedro; porque en emprenderlos, y en sufrirlos, que es todo el exercicio de esta virtud, fueron sus empleos singulares. Las ocupaciones, à que se aplicò, fueron molestissimas, y tantas; que el exfuerzo, con que las executaba, mas que humano, parecia de superior esfera. Asegurase por tradicion constante entre los Religiosos Bethlemitas, que aviendo muerto el Venerable Siervo de Dios, se aplicaron los Compañeros, que entonces tenia, à dar cumplimiento à todos los exercicios de el difunto; pero todos juntos no tuvieron fortaleza, para hazer la mitad, de lo que executaba solo su Venerable Maestro. El sufrimiento, que es de los dos referidos actos de la fortaleza el mas noble, resplandeciò mucho en este Siervo de Dios: pues siendo muy repetidas las ocasiones, que se le ofrecieron; fue en todas raro el modo, con que llevaba los quebrantos. A el entrar

vna

vna vez en la Iglesia de el Convento de nuestro Padre San Francisco, se estaban disparando vnòs fuegos artificiales: y de estos cayò casualmente vna bomba sobre el Venerable Pedro. Introduxosele dentro de su mismo sombrero, que llevaba cogido con el brazo por baxo de el pecho: y aviendose rebentado, causando el estrago, que haze naturalmente el fuego, quando se halla oprimido; no se notò en el la menor alteracion en este infortunio.

Vn Loco, q̄ en su Hospital tenia recogido el Ven. Pedro, se desató en furias cierto dia, y quiso explicarse à golpes con los muchachos, que allí asistían à rezar, y aprender la Doctrina Christiana. Advintió este frenetico impulso el Siervo de Dios; y queriendo estorvar los males, que amenazaba à los niños se puso delante para su defensa. No estaba el Loco para miramientos respetosos: y prosiguiendo en sus desatinos, descargò en el Venerable Pedro los palos, que avia de emplear en los muchachos. Tantos fueron los malos tratamientos, que de esta funcion sacò el Siervo de Dios, que hubo necesidad de curarse; pero ni en la ocasion, que los padecia, ni despues se oyò de su boca la menor queixa, ni el mas leve sentimiento. En otra ocasion mandò llamar vn Barbero, para que le sacasse vna muela; diziendo con jocosidad: que ya avia padecido algo por

amor de Dios: y que esta era ocasion, de que fuesse servido el pobre. Dezialo esto de si mismo; esperando el alivio de su dolor en aquella diligencia; pero fue el suceso muy adverso. Llegò con efecto el Barbero, y le sacò vna muela; pero huvo de errar la diligencia, sacando, la que no estaba dañada: pues el Siervo de Dios le señalò otra para el mismo efecto. Sacòle tambien la segunda: y siendo tales en estos casos los dolores, como sabrà ponderarlos, quien los huviere experimentado; y tan ocasionado el primer yerro à irritar la paciencia, ni de vna, ni de otra molestia se diò por entendido su sufrimiento.

Las tareas de su zelo le negociaron muchos empleos à su fortaleza; pero ninguno pudo vencer su sufridissima tolerancia. Era el Venerable Pedro incessante voz, que de dia, y de noche pregonaba los horrores de el pecado; y reprehendiendo los pecadores, les avisaba de su mala vida: y como, los que están encenagados en vicios, oyen tan mal estas voces, que entonan los encantadores de el Cielo; se conspiraron muchos por este motivo, à vengar en el Siervo de Dios sus disgustos. No querian, que latiendo en sus oidos la acusacion de sus delitos, les sirviese de embarazo, para cometerlos: y por esso muchas noches salieron à el encuentro à el Venerable Pedro en diversos sitios de la

Lz

Ciu.

Ciudad, y le maltrataron infamemente. Vnos con lenguas de Canes le ultrajaban de palabra, diciendole: que era vn hypocrita, viandante, y perturbador de las quietudes nocturnas. Otros con menos piedad le ponian las manos, dandole empellones: y con palos le maltrataban à golpes. La iniquidad de otros executo en el Siervo de Dios, lo que fuele executarse con el mas infame malhechor: pues, bueltas las manos à la espalda, se las ataron con duros cordeles, ò para maltratarle mas à su satisfaccion, ò para impedirle la profecucion de su santo zelo. Todas estas hazañas de la malicia se ordenaban, à que el Venerable Pedro, precisado de los malos tratamientos, suspendieffe sus fervores; pero no pudieron vencer su constante firmeza. Sin embargo de todos estos quebrantos, proseguia todas las noches sus intentos, y continuaba à los pecadores sus avisos; acrecentandole el merecimiento de esta ocupacion el resignado sufrimiento, con que padecia estos infortunios. Siendo tantos los malos tratamientos, que de palabra, y de obra experimentò el Venerable Pedro; nunca se conociò, que en padecerlos tuviesse disgusto: pues siempre se notò su semblante sereno, placentero, y afable, aun con los mismos, que le maltrataban.

Vn sugeto de autoridad, cuyo personal conocimiento se ocultò

de el todo, y solo le diò à conocer su temeraria osadía, executò en el Siervo de Dios vna accion, por su crueldad impia, por su desmesura abominable, por sus motivos Luciferina, y por sus efectos tremenda. Teniendo este infeliz hombre noticia de los empleos santos, y raras virtudes de el Venerable Pedro, concibiò tan mal de sus obras; que su parto fueron abominaciones. Miraba à el Siervo de Dios de muy mal ojo, ò ya fuesse, porque tuvo sus virtudes por embustes: ò lo que es mas cierto; porque no era de su genio la santidad. Lo que mas irritado le tenia, era la aplicacion de el Venerable Pedro, à introducir la devocion de el Santissimo Rosario: y no pudiendo reprimir la fuerte impresion, que le avia hecho en el animo este indevoto afecto, hizo la explicacion mas fea; que pudo abortar su corazon enconado. Estando vn dia, ò dentro, como quieren vnos, ò à la puerta, como quieren otros, de la Iglesia de el Convento de la Merced, passaba cerca de el el Siervo de Dios; y aviendole visto, le dixo con gran desacato, no solo à la persona, sino tambien à el sitio: que era vn viandante, hypocrita, embustero, y otras palabras de igual estilo. Oyò el Venerable Pedro sus injurias; sin que se turbasse ni en su interior la paz de su alma; ni en su semblante lo halagueño; pero viendo el furioso hom-

hombre, que las palabras, aun que tan ofensivas, no contrastaban la Roca de su sufrimiento; recurriò à la cruel anotomia de las obras. Levantò la mano impiissima, y con sobervio impulso descargò en el Venerable rostro vna cruelissima bofetada: pero ni con este tan sensible golpe se diò por vencida la fortaleza de el Venerable Pedro. Tan sin alterarse llevò aquel tratamiento injurioso; que antes con reflexion Christiana de los Evangelicos consejos; poniendose de rodillas delante de el ofensor, le ofreciò la otra mexilla: y le pidiò, que le repitiesse, no vna, sino muchas bofetadas; porque todo lo merecian sus culpas. Ya que en este lance fue tal por Dios el sufrimiento de el Venerable Pedro; no quiso sufrir la Magestad Divina las injurias de su Siervo: y irritada contra el malhechor, hizo en castigo de su delito, que el brazo, que avia sido instrumento de accion tan iniqua, quedasse baldado, y seco. De este con otros accidentes se le originò la muerte à este impio hombre; pero antes hizo algunas demostraciones de arrepentimiento. Quando se sintiò mortalmente accidentado, mandò llamar à el Siervo de Dios, y le pidiò perdon de sus agravios: y el Venerable Pedro pagò sus injurias con darle prompto el perdon, que le pedia, y asistirle en su enfermedad con tanto empeño; que estu-

vo de rodillas junto à su cama, hasta que murió.

CAPITULO XXIII.

*CASTISSIMA PUREZA,
y pobreza extremada de el Venerable Pedro de San Joseph.*

LA Templanza de el Venerable Pedro, que es vna de las quatro Virtudes Cardinales, y consiste en la moderacion de los apetitos; no puede historiarfe; sin que se toque en la relacion alguna de las virtudes, que como partes suyas se consideran. Por esta razon sigo la Historia con la narrativa de su castidad, que es vna de las parciales de aquella virtud. En esta, pues, nobilissima porcion de la Christiana Grey, y fulgentissima corona de la Santidad, fue excelente el Siervo de Dios Pedro de San Joseph. Los que hablan de la castidad de este purissimo hombre, dicen: que fue por todos titulos Angelica; porque mas parecia su limpieza virginal primoroso asseo de vn puro espiritu; que de vn alma, cargada con el asqueroso peso de la carne, y optimida con los insultos de las corporales flaquezas. De la pureza de su alma era cierto indicante la modestia de su aspecto: à cuya vista se componian todos; sin que en presencia suya osasse persona alguna hablar palabra,